

EUROPA 1572

AGONÍA DE LA CRISTIANDAD

*Sem. Martín José Villagrán I.V.E.
Seminario «María, Madre del Verbo Encarnado»
San Rafael (Argentina)*

La Cristiandad fue la unidad sociopolítica más consolidada y plena de la Historia, así como su disolución el cambio más radical y drástico.

La pérdida fue tremenda. Se perdió el don más grande que puede esperar una sociedad humana: estar impregnado en todos sus niveles por los principios y espíritu del Evangelio.

Europa perdió lo que era su «*esencia misma (...)*, necesario para su espíritu, lo que la había alimentado y era su intimidad misma»¹. Así pues, es importante, y arduo, tratar de comprender cómo fue que Europa, «*se desarraigara totalmente de su propio ser en algunas regiones*».

Porque, estando debilitada su base y soporte, la Cristiandad recibió la primer herida grave de parte de un monje agustino que desencadenó el primer momento de la revolución anticristiana (*lo político contra lo religioso*, según Meinvielle) que se manifestará plenamente en el absolutismo monárquico de los siglos siguientes, siendo el prelude del segundo momento (*la burguesía contra lo político*) cuyo signo fue la Revolución Francesa.

Señalamos en este estudio el año de 1572 como aquel en el se vislumbra *un empate* y por ende la permanencia de la división.

En realidad 1572 es una *excusa* para poner al lector en una perspectiva más amplia que la que dan las exposiciones ordinarias del proceso de lo que se llama hoy «Reforma», tomando distancia tanto de la fecha de la *Protesta de Lutero* (1517) como aquella de la *Paz de Westfalia* (1648), señaladas, justi-

¹ H. BELLOC, *Así ocurrió la Reforma*, Ediciones Thau, Bs. As. 1984, 21. Seguimos libremente varios estudios y análisis de la Reforma, principalmente esta obra.

ficadamente, como hitos y referentes del fenómeno, pero que en sí no dan una comprensión acabada y profunda del mismo.

Así pues, por medio de *tres situaciones o hechos históricos concretos* que señalaremos, y que ocurrieron *en el año de 1572*, podremos colocarnos en el cénit de este conflicto que en este año está pasando su etapa más crítica (*el conflicto armado*) pero que ya deja entrever cuál será el resultado final: la muerte de la Cristiandad.

Colocados en los acontecimientos de 1572 percibiremos que la Reforma *no fue un movimiento doctrinal* aunque para sustentar su rebeldía -nacida del odio a la Fe verdadera y la ambición- debieron luego formular un credo o cuerpo doctrinal propio.

Veremos además que, *en el fruto que dio*, la Reforma protestante no fue la solución a los desórdenes morales y escándalos que realmente manchaban a la Madre Iglesia. La reforma verdadera llegará, como debe ser, «desde adentro».

En 1572 queda patente que el *orgullo* de algunos hombres, con un celo quizá sincero aunque indiscreto, y la descarada *avaricia* de muchos nobles y príncipes permitieron el éxito del movimiento protestante.

I. Antecedentes de la Reforma Protestante

Comenzaremos este estudio analizando sucintamente cuáles fueron los antecedentes o las causas de la Reforma² protestante.

Debe entenderse primero que durante el apogeo mismo de la Cristiandad ya se vislumbra cómo *el Papado va perdiendo la autoridad temporal y espiritual* y, tras esto, esa Cristiandad que aún se presenta externamente unificada, va perdiendo su unidad.

Ya en Felipe «el hermoso» (de Francia, 1285-1314) hallamos la figura de un monarca que se atreve a desafiar al Papado en la persona de Bonifacio VIII. Poco después, *la Peste Negra* que asola Europa y se lleva un tercio de

² Aunque debe entenderse que la protestante no fue una verdadera reforma sino un cambio de forma (puesto que en el cambio dejó de lados elementos formales, esenciales digamos), adoptamos la terminología establecida suponiendo que el lector sabrá hacer la distinción.

la población, atrofia la vida de un mundo en el que el hombre cosmopolita era algo común y hasta natural. En efecto, por la Peste Negra las ciudades y poblados se retraen temerosos de más contagios y, de a poco, se va gestando un espíritu de carácter nacionalista con que se van forjando y reafirmando usos y tradiciones locales con una novedosa independencia con respecto del resto de Europa.

Importantes son también, como preludios, dos sucesos relacionados entre sí y que marcaron a fuego a una larga generación de hombres que no conocerán directamente aquella férrea unidad de Europa en la fe: me refiero al *exilio* de setenta años (1307-1377) que el Papado sufrió cuando se trasladó de Roma (su sede natural) a *Avignon* y al *Cisma de Occidente* que, como consecuencia inmediata de Avignon, mantuvo dividida a la Cristiandad en dos obediencias (y un tiempo en tres) por casi cuarenta años (1378-1417).

Se relacionan estos dos sucesos porque en el período de Avignon la Sede Apostólica comienza a ponerse bajo la tutela de poderes temporales con los cuales quedará, por esto mismo, estrecha y peligrosamente vinculada. En efecto, al retornar a Roma, un Colegio cardenalicio afrancesado, tras la acalorada elección de un Papa italiano, produce el Cisma eligiendo un antipapa de su gusto e interés.

Superado el Cisma, la tendencia continuará y el Papa se comportará más como un príncipe temporal (italiano ahora) que como pastor universal, y esto será lo que más escandalizará a los fieles de la época: su incapacidad de ser universales.

Los demás *escándalos* que siempre se denuncian también existían. *En el clero* alto y bajo pululaba el nepotismo; se multiplicaban beneficios eclesiásticos que, además, eran acumuladas en una persona por avaricia; se imponían rentas e impuestos exagerados, injustificados y anticuados; había mala formación, gran corrupción moral y una notable falta de celo pastoral, etc. *En los laicos*, la espiritualidad se había vuelto vaga y confusa, muy volcada a los aspectos externos de la religión y con una actitud casi supersticiosa frente a las reliquias de los santos, las indulgencias, etc.

La autoridad que hubiera podido actuar efectivamente era la de la Santa Sede pero no lo hizo, quizá porque no pudo o quizá porque estaba atenta a otras cosas.

Hubieron otros factores más decisivos que permitieron que se desatara esta debacle, los cuales no estaban en manos del Papa quitar. El más intenso, aunque el menor de todos, fue *el odio a la fe* que había invadido a muchos espíritus ilustres y que se iba transmitiendo como un cáncer.

Con respecto a los otros factores que tampoco dependían de la acción del Papa y que acompañaban como música de fondo a este *odium fidei*, hay que señalar, pues, que estamos ante el surgimiento vigoroso de un *renacimiento* que desvariará en *el humanismo* y en *el escepticismo*, el cual se apoyó a su vez en el vuelco que los intelectuales dieron, fascinados por los *nuevos descubrimientos*, hacia las ciencias que estudiaban las causas segundas; además los *poderes temporales* crecían en poder e independencia con respecto a la Santa Sede; estaba también *el peligro turco*, siempre presente como una amenaza contra el cristianismo, pero que no era asumido por los príncipes, los cuales privilegiaban los intereses locales despreciando las convocatorias a las cruzadas; y por último *la avaricia* desenfrenada de los poderosos que, como veremos a lo largo del trabajo, estuvo constantemente presente en los conflictos que analizamos.

Sin embargo no debe olvidarse que, a pesar de estos aspectos negativos, la Iglesia muestra gran vitalidad y el grueso de la Cristiandad anhela una reforma «in membris et in capite». Pero los esfuerzos se esfuman en la parcialidad ya que la autoridad universal no acompaña este deseo.

II. Los «reformadores» y el Protestantismo

En este clima es que el monje agustino *Martín Lutero* lanza su protesta. El 31 de octubre de 1517, presenta 95 tesis en contra de la indulgencias cuya praxis estaba ciertamente desvirtuada (en algunos aspectos) mas no la doctrina sobre ellas, la cual ratificó Trento.

Creado el revuelo, es llamado por Roma, pero ésta debe ceder ante la petición de definir la cuestión en el Imperio. Lutero es claramente vencido y refutado en una *disputatio* pública por el gran teólogo Juan Eck pero reac-

ciona nuevamente publicando los «folletos dogmáticos», «abc» del luteranismo, y al no querer retractarse es excomulgado en 1521.

Por el *Edicto de Worms* se proscribió a Lutero en todo el Imperio pero en su retirada fingió un rapto que le dio diez meses de actividad literaria intensísima gracias a la cual ganó luego muchos adeptos. Se sucedieron una serie de insurrecciones en las que fueron saqueadas numerosas iglesias y conventos y en las que los príncipes, que las reprimen, quedan enriquecidos. Lutero apoyó las insurrecciones de los caballeros y del pueblo primero, y las represiones de los príncipes después bajo cuya protección se afirmó.

La división se va marcando más y más hasta que en la dieta de Espira (1526) el emperador Carlos V³ se verá forzado a conceder a los príncipes protestantes del Imperio la posibilidad de decidir sobre la religión de sus súbditos.

Veremos más adelante cómo se define la situación del Imperio Germano pero lo que nos interesa remarcar acá es el carácter local y nacional del luteranismo en contraposición al universalismo calvinista.

En 1536 aparece en Ginebra el francés *Juan Calvino* «cuyo libro, carácter y organización infundieron forma y subsistencia al Protestantismo y le dieron existencia propia, pues la mente de Calvino era poderosa y se convertirá en la potencia que dirigía la tormenta»⁴. Es el calvinismo el que se difundirá como una peste por toda Europa y el que marcará la esencia del Protestantismo.

Enrique VIII no es un reformador. En Inglaterra no hubo un movimiento reformador que iniciara todo. Lo que sucedió allí fue un «accidente político». Lo veremos más adelante.

³ *Carlos V* era Habsburgo por su padre y por eso llegó a ser *emperador*. Por parte de su madre, Juana la loca, hija de los Reyes Católicos, será *en España Carlos I*. Fue el paladín del catolicismo pero se vio apremiado por la falta de poder real sobre esos estados súbditos que formaban el Imperio y por el constante peligro turco que estaba a las puertas.

⁴ H.BELLOC, *Así ocurrió...*, 22.

III. Antes de 1572

Queremos acá indicar, al menos someramente, las secciones que se mantuvieron firmes en la Fe católica cuando estos vientos fieros soplaron, y nos referimos a los reinos y principados relacionados a las penínsulas itálica e hispánica y a *las iglesias cismáticas orientales*. Estas últimas dieron un frontal rechazo a las propuestas que vinieron de los reformadores occidentales.

En la *península itálica* la Inquisición Romana fue muy eficaz sofocando rápidamente los focos de la herejía y lo mismo sucedió en *España*, que por medio de su propia Inquisición logró también esfumar el peligro que se mostró más fuerte en Valladolid y Sevilla. Son los Reyes Católicos los que, antes de la protesta de Lutero, llevan a cabo en la Iglesia española una efectiva reforma de costumbres y promueven decididamente los estudios eclesiásticos cuyo fruto serán muchos de los grandes teólogos y eclesiásticos que participaron en el *Concilio de Trento*.

Este Concilio concluyó en 1563 y, tenazmente aplicado por San Pío V, significó la verdadera reforma realizada «desde adentro» que la Iglesia necesitaba. Es cierto que se demoró en convocarlo y fue un remedio quizá tardío para la disolución que se aproximaba. Pero también es cierto que esto se debió a la acción de los príncipes y monarcas que por intereses políticos impedían la intención de la Santa Sede de reunirse con los obispos. Y también es cierto que, a pesar de todo, Trento salvó a la Iglesia y le dio vida nueva.

Por último es importante considerar que estamos encarando el tiempo en el que reina un *gran Papa (San Pío V)* que ve crecer la acción misionera de la Iglesia abruptamente; que cuenta con el apoyo de nuevas y antiguas congregaciones todas renovadas en la fidelidad (descollando entre todas *los Jesuitas*) y que ve la victoria de Lepanto (1571) donde son detenidos milagrosamente los turcos que estaban en el censo mismo de Europa.

Ahora sí podemos detenernos con mayor extensión en el análisis de otras secciones de Europa en donde el conflicto recién presentará una situación definitiva alrededor del año 1572 por medio de tres hechos o situaciones que señalamos a continuación.

IV. El año decisivo de 1572

1. Francia 1572: la noche de San Bartolomé

La batalla en Francia entre hugonotes (protestantes franceses, calvinistas⁵) y la Liga Católica presenta un hito de cariz definitorio en 1593, fecha en que el líder hugonote, que había subido al trono de Francia como Enrique IV del modo que más adelante diremos, abjura solemnemente de la herejía. Los conflictos continuarán hasta el pernicioso *Edicto de Nantes* (1598) por el que queda constituido un «Estado dentro de un Estado» pues los protestantes alcanzan concesiones que les otorgan gran independencia y poder.

Posteriormente, dos conocidos ministros, Richelieu en 1629 y Mazzarino en 1683, consiguen hábilmente dejar sin efecto este Edicto y el catolicismo se consolida.

Sin embargo, esta situación final ya se puede vislumbrar en el año con el cual nos quedaremos, el año de la tercera de las siete guerras, o conflictos, que se sucedieron hasta la ascensión de la Corona por parte de los Borbones (Enrique IV) y la extinción de la dinastía Valois.

Nos referimos al 24 de agosto de 1572 en cuya madrugada se desató la matanza que se conoce con el nombre de «La noche de San Bartolomé».

Francia como palestra del combate universal

En todo este conflicto, desatado en 1517 por la crisis interior de un monje alemán, Francia vino a ser como el campo de combate de una batalla universal que de pleito religioso se había convertido en político en el peor de los sentidos. Aquellos que ambicionaban los bienes de la Iglesia o que odiaban su predominio, al igual que los que defendían la antigua Fe, habían ya concebido fines «extrareligiosos» y estos influyeron notoriamente en sus acciones.

En Francia se movían tropas españolas (de Felipe II) apoyando a la facción católica (La Liga) que era encabezada por la prestigiosa familia de *los Lorena*, cuyo jefe era el duque de *Guisa*, lo cual inquietaba sobremanera

⁵ Debido al antagonismo con el Imperio germano la reforma entró en Francia principalmente por obra del francés Calvino.

a la madre reina, regente del aún niño Carlos IX, Catalina de Médici que para colmo era italiana.

Pero también encontramos en esta palestra tropas inglesas y soldados alemanes luteranos, que apoyaban a los calvinistas, capitaneados por los poderosos *Coligny* y que contaban con el apoyo importantísimo de los *Borbones* a quienes veremos pronto en el trono.

Catalina de Médici marca el debilitamiento de la monarquía francesa puesto que a la muerte de su esposo debe asumir la Corona como regente de tres niños herederos, desdichadamente todos enfermizos y el último pervertido y vicioso y, lo peor de todo, todos incapaces para dejar descendencia.

¿Cómo suplantaron los Borbones a los Valois?

En 1569 los católicos vencen en la batalla de Jarmac y allí muere el líder protestante Condé y lo reemplaza Coligny. Se firma la Paz de saint Germain donde se concede libertad de culto a los protestantes en toda Francia menos en París. En esta oportunidad *Carlos IX*, hijo de Catalina, con el fin de consolidar la paz, entrega como esposa a *Enrique III de Borbón*⁶ (1572-1610), jefe de la facción hugonota, a su hermana Margarita de Valois.

Con esto los protestantes entraban en lo más íntimo de la corte y hasta el mismo Coligny lograba influir sobre el rey lo cual suscitó una ardiente ira en la reina madre. Catalina envidiaba a los Guisa que poseían un gran ascendente entre el pueblo que en substancia y con firmeza adhería a la Tradición católica, su Tradición. Pero también sabía que para asegurar la Corona debía mantenerse en la antigua fe aunque ella nunca será una defensora celosa de la ortodoxia. La corona en Francia, a diferencia de otras naciones como Inglaterra, no estaba dominada por la nobleza enriquecida sino que podemos decir que era una monarquía popular. El pueblo ofrecía su apoyo al rey y éste su amparo. Y como la religión del pueblo era la Católica, esta Fe debía sustentar esta relación.

⁶ No confundir a éste, que es rey de Navarra, ni con el rey de Francia Enrique III, el último Valois, ni con el jefe de la Santa Liga, Enrique de Guisa.

Como Carlos IX muere sin descendencia sube al trono otro Valois, el duque de Anjou, con el nombre de Enrique III. Las concesiones que éste tuvo que dar a los hugonotes (por negligencia o debilidad) hicieron que se fortaleciera el partido católico que funda *la Santa Liga* al mando de los Guisa.

En 1584 muere Francisco I, único hermano de Enrique III, y surge *el problema de su descendencia*. La Santa Liga no puede tolerar que se piense en el hugonote Enrique de Borbón. Se propone a un tío de éste, Luis de Borbón, pero el rey de Francia, por envidia al popularísimo Guisa de quien además temía la traición y deposición, dirige una turbia operación (1588) en la que es asesinado el candidato propuesto y el jefe de la Santa Liga. Luego huye a París para unirse al jefe hugonote Borbón (Enrique) y allí es asesinado por un dominico, quedando el rey de Navarra (Enrique de Borbón) como único heredero legítimo de la corona francesa aunque vedado por el hecho de ser protestante. Entendiendo que nada haría sin los católicos, para asegurar la corona, abjura y el Papa levanta las censuras que tenía. En Francia la Fe verdadera obtiene una victoria real pero precaria puesto que el calvinismo subsistirá en clases intelectuales dando sus frutos dañinos en generaciones futuras.

Esta situación es la que se decide en cierto sentido en 1572.

Así en la década en que se desarrolla esa batalla universal (1549-1559) «los hacendados se arman para conseguir el botín que hasta ahora les está prohibido por la corona, y como ahora la corona es sólo una sucesión de alfeñiques, tiene su oportunidad de desatar la guerra civil»⁷ pero el levantamiento popular que se da en París, la matanza de la Noche de san Bartolomé, imposibilita «la pretensión de la aristocracia protestante de dominar el país en el futuro»⁸.

¿Qué pasó en esta «Noche»?

Recordemos a la reina madre Catalina de Médici enfurecida por la torpe donación de su débil hijo Carlos IX de su hermana al jefe hugonote. Este desacierto convocó en París el 18 de agosto a los más notables de entre

⁷ H. BELLOC, *Así ocurrió...*, 223.

⁸ H. BELLOC, *Así ocurrió...*, 223.

los hugonotes quienes debían asistir a la boda real. Por esta boda los hugonotes ganaban mucho terreno en sus ambiciones económicas y políticas.

Coligny aconsejaba a Carlos IX que gobernara por sí mismo y esto enfurecía aún más a la reina madre.

El 22 un liguista, Maurevert, disparó contra Coligny pero sólo consiguió herirlo. Durante dos horas la reina madre y los consejeros del joven rey lo aterrorizaron con la inminencia de una guerra civil y el peligro de ser aniquilado por la reacción de los seguidores del general que salía apenas vulnerado del atentado.

En una crisis de locura emitió la famosa orden «matadlos a todos para que no quede ninguno que me lo reproche».

El joven Guisa se puso al frente de la conjura sintiéndose en la mejor oportunidad para vengar a su padre que tres años antes, una noche de San Bartolomé, había sido asesinado por los hugonotes que habían exigido su rendición con la promesa de respetar sus vidas. ¿Quiénes lo habían matado? Esa conspiración (esa primera noche de San Bartolomé) fue promovida por una ferviente enemiga de la Iglesia católica, Juana, esposa del rey de Navarra, padre del actual rey de Navarra que estaba en París para casarse con una Valois. Quien había ejecutado aquella conjura (la de tres años atrás) había sido seguramente Coligny, el almirante Gaspar Coligny, también presente en París con la misma ocasión.

En esta noche los hugonotes se encontraron en la cima de las posibilidades de hacerse con la corona Francesa.

Esta *gran posibilidad de éxito* a la que llegaron explica los siglos de disputas entre filosofías opuestas que se siguieron en Francia; pero el *fracaso* en que se disolvió esta oportunidad salvó el catolicismo en Francia.

El 23 por la tarde, víspera de san Bartolomé, apóstol y mártir, fue cuando Catalina había hecho exasperar hasta la histeria a su hijo que había lanzado esa orden precipitada.

A la madrugada comenzó la operación bajo el mando de Enrique de Guisa al mando de las tropas municipales y la guardia suiza. Sólo se respetaría la vida de Condé y de Enrique de Navarra, en atención a su sangre real.

En su casa, el almirante Coligny fue apuñalado y arrojado por la ventana para cumplir la orden del Guisa que esperaba abajo este signo para saber vengado a su padre en la muerte de su asesino que era, además, enemigo de la Fe Católica.

La cabeza del almirante fue cortada y su cuerpo conducido al patíbulo como el de un bandido. «Hubo a continuación un ataque por hombres armados de la facción de los Guisa contra los nobles hugonotes que se hallaban en la ciudad, pero el hecho decisivo fue que, al comenzar esta parcial pero restringida lucha entre facciones, todo el populacho se unió a ella. *El populacho fue el factor decisivo del asunto*»⁹.

Aunque el ataque sólo iba a dirigirse a los jefes, el pueblo excitado y apasionado se sumó a la operación. Sacaron a los protestantes de su casa, los ahogaron y degollaron y hasta lograron que Condé y el rey de Navarra abjuraran.

En vano el Carlos IX dio la orden de detener la matanza y el pillaje lo cual recién sucedió el 27 del mismo mes de agosto. Entre las provincias francesas, Meaux, Orleans, Rouen, Troyes, Toulouse, Lyon, imitaron a París, mientras que en el Delfinado, en Borgoña y Auvernia los gobernantes católicos consiguieron detener la matanza.

¿Cuántas víctimas? Difícil saberlo. Dos mil seguro, quizá más, aunque seguramente no fueron ocho mil o treinta mil como algunos ponen.

Hay pues tres elementos a señalar en esta noche: el deseo de venganza del joven Guisa, el plan de Catalina para salvar para ella y para su hijo la monarquía francesa (único interés profundo que movía su obrar y pensar) y la furia del pueblo, factor éste, el más importante de todos.

La matanza no hubiera sido tan significativa sin este sentimiento intenso del pueblo de París, y del pueblo francés en general, contra la actitud antinacional y anticatólica de los nobles.

El furor de la matanza no es sin embargo lo que hace particular a esta «Noche». Ya había habido muchas anteriores y la guerra civil no iba a concluir por este desborde de pasiones. Al contrario, esta matanza hizo que las

⁹ H. BELLOC, *Así ocurrió...*, 142.

guerras fueran más encarnizadas que nunca. En efecto ese mismo año el próximo rey, Enrique de Valois, duque de Anjou en ese momento, asedió por casi un año la fortaleza de la Rochelle, en donde se habían reunido los hugonotes que habían quedado a salvo. Recién en 1598 con la Paz de Vervins y el Edicto de Nantes, reinó un tiempo de paz en Francia bajo el abjuro Enrique IV.

Importancia de «san Bartolomé»

«Con relación a “San Bartolomé” no hay que olvidar que por un tiempo atemorizó completamente a los nobles anticatólicos. Nunca recuperaron el tiempo que por ello perdieron. La furia del populacho tuvo un efecto duradero que jamás logró anularse y, como consecuencia, los nobles anticatólicos y sus sucesores no lograron aniquilar la religión del país (...) Después de 1572 quedó en claro que los acaudalados hacendados y señores hugonotes no lograrían nunca destruir la Corona y que las tradiciones generales de la cultura nacional de Francia estaban salvadas. En consecuencia, mientras es preciso guardarse del error de considerar esa matanza como algo excepcional en la historia de la época –todas las guerras religiosas de Europa, desde los estragos de los husitas hasta las abominaciones de Cronwell en Irlanda, son una larga serie de asesinatos al por mayor–, puede no obstante señalarse este año de 1572, no sólo como el final del primer período de las grandes guerras civiles religiosas de Francia, sino como la fecha a partir de la cual la destrucción de la monarquía francesa y de la religión nacional se hizo imposible»¹⁰.

2. Inglaterra 1572: Cecil aplasta al catolicismo

Aunque se considere que Inglaterra en la época del estallido protestante se hallaba muy lejos de ser una potencia mundial y aunque se pudiera presentar, no sin razón, el drama de Enrique VIII como una «calentura barata» (como oí decir a un buen profesor), hay que entender que este «accidente político», por el cual se produce el cisma religioso en esta isla, es de una importancia tal que sin él la reacción en contra del movimiento revolucionario y el retorno a la unidad de la Fe hubiera sido aplastante. ¿Por qué tanta importancia?

¹⁰ H. Belloc, *Así ocurrió...*, 143.

Porque es en Inglaterra que se da el *primer pronunciamiento oficial de un reino en contra de la unidad de la Cristiandad* la cual se sustentaba en un Papa-do que ciertamente ya no tenía el mismo poderío espiritual y menos aun temporal.

Instauración artificial del protestantismo en Inglaterra

En la fervorosa Inglaterra católica se dio un proceso tan artificial en contra de la Fe verdadera que es necesario y oportuno recorrer brevemente el desarrollo del mismo antes de analizar el año sobre el que se concentra este trabajo¹¹.

En 1534 concluye un largo conflicto en donde el temor por la falta de descendencia masculina y la pasión por Ana Bolena empujan al obsesivo *Enrique VIII* a proclamar a su amante como reina de Inglaterra y a dictar el «Acta de Supremacía» por la que él mismo se proclamaba jefe supremo de la Iglesia en Inglaterra.

Sopesando bien los términos usados, Belloc lo llama al asunto un «accidente» porque ni Enrique ni los ingleses querían ni sospechaban seme-

¹¹ Ponemos como ayuda a la lectura este esquema donde aparecen las dinastías y reyes de Inglaterra que nos interesan.

Dinastía Plantagenet

Dinastía Tudor

Enrique VII

Enrique VIII

Con Juana Seymour: Eduardo VI

Con Catalina de Aragón: María I Tudor

Con Ana Bolena: Isabel I Tudor

Dinastía Estuardo

Jacobo I (VI de Escocia)

Carlos I

República puritana: Oliverio Cromwell

Carlos II

Jacobo II

Guillermo III de Orange

jantes consecuencias; y es exacto también el adjetivo de «político» puesto que el detonante fue un asunto relacionado también a lo político (y lo pasional), el cual malogró el intento de conseguir la declaración de la nulidad de un matrimonio que no podía dar a Inglaterra un heredero al trono, proceso que no era tan extraño ni tan dificultoso para las cortes de ese tiempo que atravesaban semejante situación. Además todo el asunto estaba como impregnado por un viciado sentimiento de nacionalismo.

Pero este acto de rebelión no fue determinante por sí solo. Todo podría haberse vuelto atrás. Pero hubo un hecho que habrá de marcar la historia de la sociedad y la política inglesa. En efecto, se desató un saqueo que contó con el aval de la Corona y que tuvo como dos etapas: en la primera fueron *suprimidos y saqueados los monasterios* menores. La situación aún era retornable. Pero en la segunda etapa sufren la misma suerte los monasterios mayores con lo que la vida de la Iglesia católica sufre un daño irreparable.

Esta última acción creó repentinamente una clase de nuevos millonarios que habían sido bendecidos en su pillaje por el monarca que esperaba granjearse con esto su favor, pero que en esto mismo se pondría, seguramente sin advertirlo, en el enorme riesgo de tener una poderosa nobleza alrededor suyo la cual se mostraría firmemente decidida a no perder su reciente riqueza y, más aún, a aumentarla de cualquier modo.

La Corona contaba de ahora en más con el apoyo de los nobles; pero en realidad es la nobleza, ávida e inescrupulosa, la que gobernará Inglaterra pues serán súbditos de monarcas que deberán rendirles tributo para mantenerse en pie.

Acá se nota la diferencia con respecto a la monarquía francesa. En Inglaterra había una plutocracia aristocrática que manejaba casi a su antojo a los monarcas; pero en Francia dijimos que la monarquía era «popular». Por eso, aunque el catolicismo estaba enraizado en el alma del pueblo inglés e impregnaba sus costumbres y hasta sus sentimientos, la herejía se impuso. No por el luteranismo ni por el calvinismo (éste entrará más tarde desde Escocia), sino por una Iglesia «nacional» que mantuvo mucho de la tradición católica, a la que toda Inglaterra estaba aficionada, pero que de a poco fue deslizándose desde la negación del primado petrino y la supresión de la Santa Misa (que fue lo que más ayudó para arrancar del alma inglesa

la fe de los Apóstoles) a toda clase de desviaciones vecinas a esa reforma ante la cual, en un inicio, se había opuesto vigorosamente hasta el mismo Enrique VIII.

Pero la herejía se impuso principalmente por obra del grupo de nuevos adinerados que no vacilará en llevar a cabo la empresa de socavar de a poco todos los sustentos de la Fe antigua, cuya restauración significaría un peligro evidente para su tesoro y suerte política.

Muerto de sífilis en 1547, Enrique no consiguió dejar más descendencia que un varón, hijo de su segunda amante, Juana Seymour, hermana de uno de aquellos nobles que mayor tajada habían sacado en esos saqueos. Este heredero, que de hecho será su sucesor en el trono por breves cinco años, había sido formado en el calvinismo y su nombre será *Eduardo VI*: de cinco esposas un solo heredero varón que sólo gobernó cinco años (hasta 1553).

Sus sucesoras serán otras dos hijas de Enrique VIII: María, hija de la repudiada Catalina de Aragón y por tanto nieta de la grandiosa Isabel la Católica; e Isabel, hija de su primer amante, Ana Bolena, que dos años después de su pretendido matrimonio fue ajusticiada por infidelidad y traición (sic).

En estas dos mujeres se extinguirá aquella dinastía que antaño había usurpado la Corona pero a la que ya estaban acostumbrados los ingleses. Los Tudor, que ostentaban las dos rosas (blanca y roja) en su escudo, debieron (como les sucedió a los Valois con los Borbones en Francia) dar paso a los Estuardo de Escocia y no por una revolución violenta sino porque no eran más que colaboradores en la transmisión de la vida. ¡Así es de caduco el honor y el poder, y así están los hilos de la historia en las manos del Señor!

De estas dos pretendientes al trono triunfa la heredera legítima, la católica *María Tudor*, que apoyada masivamente por el pueblo venció a los nobles que intentaban imponer la otra candidata, Isabel, que seguramente daría mayor seguridad a su inicua posición. Este reinado también duró cinco años: en ellos María intentó a todo trance reinstaurar el catolicismo. Obviamente rechazó ser cabeza de la Iglesia; pero su boda con Felipe de Austria, heredero de la Corona española, fue vista con malos ojos por to-

dos los ingleses. Sin embargo Felipe optó por una política de acercamiento (más que nada motivada por las intrigas en la que se envolvió continuamente contra la opositora Corona francesa) y fue él quien aconsejó a su esposa que no condenara a muerte a Isabel.

En 1558 muere María sin descendencia y pasó a la historia oficial con el desproporcionado y denigratorio epíteto de «sanguinaria» aunque es cierto que su reacción fue demasiado severa contra los levantamientos de los protestantes. Los enemigos de la Iglesia no desaprovecharon ésta y otras oportunidades para seguir provocando en el sentimiento nacionalista inglés un rechazo a lo católico como un peligro inminente para la Patria.

Muerta María Tudor, correspondía el trono a la heredera legítima, *María Estuardo, reina de Escocia*. Pero Escocia no era tan sólo en ese momento algo ajeno a Inglaterra sino que además era vista como una enemiga y más ahora que la reina había contraído nupcias con el rey de la Francia católica, Francisco I.

Una hábil operación de los nobles ingleses, en especial de Cecil, logró poner en el trono a la media hermana de la difunta María Tudor, *Isabel I Tudor*. Tristemente su terrible reinado durará 45 años (1558-1603).

¿Terrible Isabel? ¿La gran Isabel? Sea quien sea quien la juzgue con uno u otro calificativo debe entender que no fue Isabel la que reinó en este largo período sino los poderosos nobles representados y comandados por Guillermo Cecil primero, y luego por su hijo Roberto, quienes conducirán, más o menos encubiertamente, la vida política de Inglaterra hasta nueve años después de la muerte de Isabel.

Volveremos a Isabel, a Cecil y a nuestro año, pero avancemos un poco más con la historia de esta Nación para que seguir iluminando un poco más el papel que jugó la nobleza avarienta cuyo actuar fue ciertamente paciente y astuto, y que no contó con otros límites morales que los extraídos a gusto de la doctrina calvinista.

Cuando en 1603 muere Isabel, sin dejar ésta tampoco descendencia alguna, se introduce en la vida política de Inglaterra *la dinastía Estuardo* en la persona de *Jacobo VI de Escocia, I de Inglaterra*: era hijo de la católica María Estuardo, que lo debió dejar en manos de sus enemigos cuando apenas el pequeño príncipe tenía un año.

Durante el reinado de Jacobo I tiene lugar la famosa «Conjuración de la Pólvara» en la que los nobles supieron hábilmente acrecentar el rechazo de la opinión pública en contra de los católicos que desde ese momento pasaron a ser considerados traidores, no por algunos sino por el grueso de la población. En efecto, los nobles, que conocían la conjura y la promovían subrepticamente, la dejaron madurar lo suficiente para que ante todos quedara evidenciada la intención de los católicos que fueron de inmediato ajusticiados. Sin embargo siguió a este hecho un período de paz y tolerancia relativas por la que algunas órdenes religiosas pudieron reorganizarse.

El sucesor fue *Carlos I*, de largo reinado (1625-1648) que a pesar de ser acusado de influencias católicas por emparentarse con los Borbones, fue muy riguroso tanto con los católicos como con los puritanos. Estos últimos, comandados por los terribles *Fairfax* y *Oliverio Cronwell*, se levantaron contra el rey a quien los católicos intentaron defender siendo finalmente derrotados. Comienza pues el período de *la República* en el que la persecución se volvió abierta y sin piedad.

Siguieron a la República quince años de otro Estuardo, *Carlos II*, con el cual no mejoró la situación pues éste exigió que aquellos que aspirasen a un cargo público jurasen el «Acta de Supremacía».

Para terminar de evidenciar nuestra aseveración mencionemos al sucesor de Carlos II, *Jacobo II Estuardo*, católico, que sólo pudo reinar por tres años (hasta 1688) pues los nobles anticatólicos del Parlamento lo destruyeron en un levantamiento y no tuvieron problema en poner en su lugar a quien era rey de los Países Bajos, *Guillermo III de Orange*.

Guillermo Cecil

Bien, baste lo dicho. Volvamos ahora sí, la mirada a ese período «isabelino» que en realidad debería decirse «ceciliano», ya que este *Guillermo Cecil* (que luego será conocido como Lord Burglhey) era quien, a fuerza de intrigas, gobernaba Inglaterra. Él «ascendió a la jefatura del gobierno inglés, en la cual el gobierno era absoluto, mediante tres cualidades que poseía en grado superlativo: laboriosidad, claridad de pensamiento y devoción a un único objeto: el dinero.

«Hombre pequeño y marchito, zorruno y taimado más que ambicioso, no era del tipo de hombres que ama el poder por el poder mismo. Después del dinero su apetito principal era quizá el trabajo, y su tercer interés era el placer de las intrigas exitosas.

«Como secretario, de Dudley primero y del todopoderoso Consejo después, Cecil era el único de la banda que trabajaba seriamente. Leía, archivaba y conservaba todos los papeles. Desde la oscuridad llevaba la batuta, mientras los demás miembros y sus parásitos descuidaban los negocios y se revolcaban en su inmensa riqueza recién adquirida»¹².

¿Cómo se introdujo Cecil en las entrañas de la política inglesa hasta llegar a ser su conductor? Aquella familia emparentada con la Corona, los Seymour (que promovieron y usufructuaron los primeros saqueos) fue desplazada por el duque de Norfolk; éste necesitó en su operación de la ayuda indispensable del meticuloso estratega, Cecil, que pasó rápidamente, tras la traición, a colocarse entre los nuevos millonarios y llegó a ser el más importante.

Desde ese momento empieza su gradual campaña contra la antigua Fe. Pragmático como Isabel, no puso objeciones de fe ante las variantes confesionales de Eduardo VI y de María I Tudor quien no se atrevió a tocarlo y en cuyo breve e intransigente reinado Cecil quedó al acecho hasta que tuvo la oportunidad de poner, en lugar de la legítima heredera escocesa, a la hija de la Bolena que mostraba simpatía por la herejía protestante.

Isabel, obviamente no mostró abiertamente su apoyo al cisma iniciado por su padre. Subió ilegítimamente al trono, sí; pero lo hizo jurando fidelidad al catolicismo para, una vez asegurada en el poder, volcarse tenazmente contra éste.

Sin embargo es importante insistir que la política inglesa no estaba en manos de Isabel y que de seguro, al igual que su padre, ella no deseaba que el movimiento desembocara en una ruptura definitiva con el tronco europeo católico. Quizá ella hubiera querido mandar delegados al Concilio de Trento, pero en esto, como en todas las decisiones importantes, no era ella la que decidía sino el astuto y pernicioso Cecil.

¹² H. BELLOC, *Así ocurrió...*, 146-145.

Isabel rompió pues relaciones con Roma y estableció la nueva religión de estado por medio de dos leyes: el «Acta de Supremacía» (que reconocía a la reina como autoridad suprema en los asuntos religiosos) y el «Acta de Uniformidad» (que establecía el credo y la liturgia nueva). Durante los diez primeros años del gobierno de Isabel, el actuar de Cecil y sus hombres fue tan gradual y sutil que, hay que reconocerlo, merecieron el resultado final de la extirpación del catolicismo en Inglaterra como un premio a su paciente labor, pues también el esfuerzo de los malos es «premiado», aunque su premio será «luego» su castigo.

El envión desde Escocia

Escocia entra en escena, pues de allí debió huir, como dijimos antes, la reina católica María Estuardo dejando a Jacobo con un año de edad a cargo de un regente enemigo que lo formaría en el calvinismo. María había sido acusada de complicidad en el asesinato de su nuevo esposo (Darnley, con quien se había casado al volver de Francia donde la situación se tornó insostenible para ella habiendo muerto el rey, su primer esposo) y por eso (por las sospechas que pesaban sobre ella) debió huir a Inglaterra buscando asilo de parte de su prima Isabel Tudor pero fue tomada prisionera y así permanecerá por 19 años hasta su ejecución.

María fue una excepción en los doscientos años de decadencia de la dinastía escocesa que al fin hallaba en ella algo de estabilidad y poder real. Escocia era minoría territorial y poblacionalmente hablando, pero era un punto importante por su éxito en las resistencias a los avances ingleses y por su ubicación, sobre todo para los enemigos de Inglaterra.

Cuando María se casa con uno de los asesinos de su esposo se desata una rebelión que los nobles, ávidos de riquezas eclesiásticas y conocedores de los resultados en Inglaterra, aprovecharon a su favor.

El pueblo escocés, que era católico obviamente, sin embargo estaba como anestesiado para reaccionar en defensa de aquellos que representaban su Fe. Tal era su indignación causada por la corrupción de la Iglesia que había alcanzado acá dimensiones desconocidas en el resto de Europa: los beneficios excesivos, esos impuestos anticuados conservados artificialmente y el usufructo que de las abadías y monasterios hacían los mismos nobles y los grandes eclesiásticos, ayudaron a que la reacción contra la monarquía

y el catolicismo triunfara, apoyada tan sólo como un colofón de poca monta por la intrusión de Juan Knox, comúnmente sobrevalorada figura de este proceso.

Cuando Isabel recibe a su prima fugitiva tampoco podrá hacer lo que hubiera querido y termina por encarcelarla. En Escocia, los nuevos líderes no tardan en proclamar el calvinismo como religión oficial.

La Revolución del Norte

Cecil entiende que en el norte de Inglaterra la adhesión al movimiento protestante no era fuerte y decide actuar separando la aristocracia de aquella región. La nobleza y algunos partidarios de María Estuardo reaccionan y se produce un levantamiento popular (1569) que halló apoyo en toda la isla y que se llamó Revolución del Norte; su objetivo era salvar la Fe y reclamar por la situación de la reina cautiva.

El *Northern Rising* fracasó y el gobierno isabelino aprovechó el fallido levantamiento para ejecutar a 700 rebeldes y arrasar cerca de 300 poblaciones fronterizas; después Isabel confiscó las propiedades de los nobles de los rebeldes y los redistribuyó entre personas que le eran fieles, favoreciendo la reforma protestante en el norte de Inglaterra.

Como reacción, el Papa Pío V denunció a Isabel en ese mismo año para excomulgarla al siguiente, es decir en 1570, y ordenar su deposición. Con esto la idea de que los católicos eran los traidores y los protestantes fieles a la Corona seguía asentándose.

Por eso, en abril de 1571, se reunió el Parlamento y aprobó tres nuevas leyes contra los católicos: una nueva «Acta de Traición», una segunda ley que castigaba la posesión de bulas y documentos emanados de Roma y una tercera que permitía confiscar e incorporar al patrimonio regio los bienes de los católicos exiliados.

Cecil mostró sus garras y contó desde entonces con la excusa que necesitaba para poder invertir sin tapujos toda su fuerza e inteligencia no sólo en dificultar la práctica de la Fe católica sino en hacerla imposible. Su poder se acrecentó exponencialmente luego de esta sangrienta intervención: en 1571 recibió el título de Lord Burghley y en 1572 el de Lord Tesorero por

lo cual aseguró más aún su situación de líder y director real, enfriando de modo decisivo -sino definitivo- los fulgores de la reacción católica.

Hubo una nueva reacción por medio de una conjura que, en 1572, planeó desde el continente Ridolfi, un banquero italiano. Pero ésta fue descubierta y sofocada.

El plan y la estrategia de Cecil

«En la historia inglesa, pues, consideramos los años entre 1559 y 1572 como un período preparatorio durante el cual todo se fue alistando para la erradicación de la Fe Católica entre los ingleses, pero durante los cuales era necesario que sus autores avanzaran con lentitud».

Hasta 1568 todo podría haberse vuelto atrás y la comunión con Roma reestablecerse porque aún todo era dudoso.

«Durante esos primeros años, antes de la rebelión nadie fue ejecutado por traición en materia religiosa. Por supuesto, la misa fue abolida y siguiendo el principio de golpear a las cabezas de la sociedad, se aplicaron multas exorbitantes a aquellos miembros de la clase dirigente que permanecían católicos, si se negaban a seguir los nuevos ritos. Pero Cecil y un grupo se cuidaron mucho de definirse en doctrina. Compusieron artículos de religión lo más vagos posible que fueran compatibles con la eliminación de la misa y de la disciplina católica. Al comienzo de este proceso, con el hipócrita propósito de ir dejando caer costumbres arraigadas, hicieron la vista gorda ante mucha práctica privada de la religión que se había propuesto destruir. Cecil tuvo cuidado de no requerir el juramento de supremacía a más personas de lo absolutamente necesario; dejó tranquilo al grueso del clero, y aunque el gobierno tenía que establecer una nueva jerarquía lo mejor que pudiera, se tomó enormes molestias para lograr una especie de continuidad mecánica, cosa que de hecho consiguió»¹³.

Fueron diez años de gran confusión para todos por el hecho de que no hubo derramamiento de sangre y además porque el laicado en general no fue molestado. Pero ciertamente no era a Cecil a quien afectaba la con-

¹³ H. BELLOC, *Así ocurrió...*, 150-151.

fusión y la indecisión. Él sabía que todo era cuestión de tiempo y cuando halló la excusa, la aprovechó y obró con siniestra eficacia.

El apoyo enérgico que llegó de una Escocia que era dominada por los nuevos millonarios calvinistas fue decisivo para Cecil y para su plan.

Así, la Fe católica en Inglaterra, fue destruida gracias a la aplicación de un paciente y prolijo plan concebido por un brillante y ambicioso «Señor» que utilizó todos los medios a su alcance, entre ellos una Corona que era tan sólo en apariencia fuerte.

La falsa Historia oficial

La historia oficial nos quiere hacer creer que «la Inglaterra de (Lord) Burghley (Cecil), era una nación protestante, con una tendencia anticatólica especialmente pronunciada; que en medio de ese imaginario pueblo inglés sobrevivían unas pocas personas, antinacionales y excepcionales, denominadas católicos romanos, a quienes era necesario suprimir en pro de la supervivencia nacional.

«La verdad es exactamente lo contrario.

«En medio de un pueblo conservador y desapasionado, de temperamento católico por herencia e inclinación, cada vez más orgulloso de su nacionalidad, un grupo pequeño gobernó de un modo tiránico, pero nacional, utilizando como instrumento a una minoría de fanáticos que aborrecía el antiguo credo de los ingleses; utilizando la creciente indiferencia de los ingleses hacia los detalles de ese credo; empleando en grado sumo la nueva religión del patriotismo, y la política de hacer contrastar los rasgos locales con los que eran comunes a toda Europa. Quienes gobernaban actuaron así por su beneficio personal, y su instrumento principal fue la obstrucción mecánica de las avenidas por donde podía mantenerse una vida católica normal.

«Durante toda la segunda mitad del siglo XVI, la masa de Inglaterra era católica, en tradición y sentimientos. La tradición sobrevivía aún a principios del siglo XVII. En los primeros años del reinado de Jacobo I, alrededor de la mitad del pueblo conservaba simpatía por el Catolicismo. Una cuarta, parte poseía estas simpatías en grado variable, y la mitad de esa cuarta parte estaba dispuesta a grandes sacrificios para confesar abier-

tamente su catolicismo, todavía en tiempos de la caída de los Estuardo, en 1685-88. Pero durante todo ese tiempo continuaba la constante presión persecutoria oficial; se hacía imposible la práctica de una vida católica, y lo que una vez fuera la profesión abierta y normal de la tradición nacional en materia religiosa, se redujo a ser sólo un sentimiento, luego pasó de un sentimiento a un simple recuerdo y, finalmente, después de 1688, se extinguió rápidamente»¹⁴.

3. Países Bajos 1572: la renuncia del Duque de Alba

¿Qué eran los Países Bajos?

En el tiempo que estamos analizando, los Países Bajos comprendían lo que hoy es Holanda, Bélgica, y una franja del norte de la Francia actual. No era una Nación. Era un conjunto de diecisiete Provincias que tenían un fuerte sentimiento local y que habían ido arraigando costumbres y usos comunes gracias al gobierno paternal, próspero y popular que los borgoñeses ejercían sobre ellos. La región contaba con prósperas ciudades que estaban comunicadas por una red de ríos con sus afluentes que venían a ser como las arterias de un complejo organismo principalmente comercial.

La mayor parte de la clase alta tenía por lengua el francés y de esa Nación recibía una importante influencia. Quizá por esto el calvinismo, que es una teoría francesa, tuvo acceso en estas regiones.

Sin embargo, en cuanto a política, los Países Bajos no dependían de Francia sino de España. Felipe II era el legítimo y natural heredero del gobierno de los Países Bajos¹⁵ al frente de los cuales estaba como gobernadora una hija natural de Carlos V, Margarita de Austria.

La autoridad del rey, a pesar de la lejanía de su sede, era aceptada. En efecto las quejas que se presentarán luego en contra de España no serán contra la monarquía en cuanto institución sino en contra del monarca de turno.

¹⁴ H. BELLOC, *Así ocurrió...*, 144-145.

¹⁵ Recordemos que, al abdicar Carlos V en 1556, su Imperio, «donde no se ponía el sol» literalmente, se dividió entre su hijo *Felipe* y su hermano *Fernando* en favor de los cuales abdicó correspondiéndole al primero las posesiones de España, del sur de Italia, Países Bajos y las Indias, y al segundo el Imperio Germano y sus dependencias.

En efecto Felipe II desarrolló una política totalmente impopular en el gobierno de un grupo de ciudades acostumbradas al buen trato y a amplias libertades.

El papel de los Países Bajos

Antes de analizar esa política desatinada y sus consecuencias veamos cuál es, a juicio de Belloc, la importancia de considerar a esta pequeña y aparentemente insignificante sección de la Cristiandad en este proceso de su ruptura.

Los Países Bajos «fueron la causa principal de la declinación de la potencia española o, por lo menos, la causa principal de que esa declinación se produjera con tanta rapidez; y el poderío español era el sostén de la Tradición y de la unidad europea cuando comenzaron las dificultades de esa potencia (España) en los Países Bajos».

«Por otra parte, la lucha en los Países Bajos suministró un modelo que afectó profundamente a Inglaterra, al sugerir el uso de su poder naval contra el poder naval español, que era sumamente insuficiente. Lo que es mucho más importante, mostró el camino para establecer el gobierno de los ricos y destruir la monarquía popular. Demostró también cómo los consejos nacionales y provinciales (...) podían ser utilizados como instrumento para ese fin.

«Además, las guerras de los holandeses contra su rey español mostraron en qué forma la fortaleza de una comunidad nacional podía fundarse en el comercio.

«Por sobre todo, aquella rebelión triunfante confirmó la aserción, anárquica entonces, de que los intereses locales de una sociedad podían reafirmarse en contra de los intereses comunes de Europa.

«En todo esto, los Países Bajos indicaron el camino y fueron un ejemplo que siguieron por instinto las fuerzas equivalentes en Britania. De acuerdo al modelo holandés, los ingleses enfrentaron al Parlamento contra la Corona; hicieron del comercio el nuevo fundamento de la riqueza nacional; aprendieron de qué modo los embarques podían afectar los abastecimientos militares del Continente. La influencia holandesa sobre Inglaterra se mantuvo durante todo el siglo XVIII, hasta, que las disputas

religiosas inglesas fueron finalmente apaciguadas —algunos creen que para siempre— por una invasión holandesa, financiada con dinero holandés y encabezada por un usurpador holandés que pretendía el trono inglés (Guillermo III), quien, aunque estaba respaldado por la organizada riqueza de los hacendados y mercaderes de este país y a pesar de que su cultura y sus modales eran franceses, debía su posición al hecho de ser la cabeza de la gran casa holandesa de Orange»¹⁶.

El desatino de Felipe II

Volvamos ahora a Felipe II quien, hay que reconocerlo, tuvo la intención y en gran parte lo consiguió, de constituirse, como su padre, en baluarte del catolicismo pero que en estos lugares «cometió el craso error de imponer las circunstancias españolas a un país totalmente diverso al suyo en tradición y espíritu. Estableció guarniciones españolas, administradores españoles y hasta eclesiásticos españoles, juntamente con un método administrativo español»¹⁷.

Por esto y lo que veremos adelante, se puede considerar su accionar como una de las principales causas de la implantación y permanencia de la herejía allí, aunque debe entenderse que, como en toda Europa, el factor principal y decisivo vino del oportunismo de los nobles que vieron en esta protesta generalizada contra los abusos de la Iglesia la oportunidad de enriquecerse de pronto y, al mismo tiempo, sacudirse de un yugo que odiaban y rechazaban.

En 1566 los nobles presentaron el «compromiso de Bruselas» por medio del Conde de Egmont que viajó a España para entrevistarse personalmente con Felipe II. Este «compromiso» era una apelación contra la severidad del gobierno español. Mientras tanto, estallaba en los Países Bajos una rebelión dirigida por el jefe de una de las familias más poderosas e influyentes, Guillermo de Orange.

El detonante del conflicto fue la voluntad empecinada del monarca de querer imponer el modelo español de la Inquisición que respondía a muy diversas necesidades y situaciones históricas puesto que en la penín-

¹⁶ H. BELLOC, *Así ocurrió...*, 163-164.

¹⁷ H. BELLOC, *Así ocurrió...*, 169.

sula el combate se libró principalmente en contra de los musulmanes y los judíos. En los Países Bajos, en cambio, el peligro de herejía provenía de cristianos europeos infectados de luteranismo, anabaptismo y sobre todo de calvinismo.

A esta rebelión, aunque estaba encabezada por Guillermo de Orange que era marcadamente calvinista, se sumaron todas las facciones que odiaban la Fe católica. Por su parte, el pueblo, aunque era fervientemente católico, si bien no se unió activamente, no levantó quejas y hasta quizá sintió cierta afinidad hacia el movimiento pues todos eran víctimas de una u otra manera de esos excesos en los actos de gobierno.

Finalmente todo se desbandó y hubo un saqueo y destrucción de imágenes religiosas tal que hasta hoy se hace sentir en el vacío de los templos del lugar.

La intervención del Duque de Alba

Felipe II reaccionó con gran esfuerzo, limitado por los múltiples requerimientos que la extensión de su vasto imperio significaba. Pero reaccionó, y con éxito. Envió al mejor hombre que tenía, el duque de Alba con un ejército de 17.000 soldados que con admirable eficacia sofocó la rebelión e hizo huir a Guillermo de Orange que se libró de contarse entre los numerosos ejecutados que hubo.

Pero los nobles volvieron denodadamente a la carga animados por el, primero secreto luego abierto, apoyo de Inglaterra. Sabemos ya que en realidad el apoyo era de Cecil puesto que naturalmente la reina era reacia a apoyar movimientos anárquicos que al fin y al cabo lo eran anti-monárquicos. Pero como en toda cuestión esencial en política se impuso el plan de Cecil. Este logró que fuera detenida una flota que se dirigía con víveres y dinero destinados a las tropas españolas que estaban asentadas en Países Bajos. La flota había debido atracar en un puerto inglés por un incidente y de allí no pudo salir.

El descontento de las tropas que no recibía ni su paga ni alimento llevó a los soldados a que emprendieran una serie de pillajes para satisfacer sus necesidades y esto, sumado a los abusos y excesos del gobierno,

desembocó en un ambiente que hizo más y más impopular e imposible la presencia española.

La situación hubiera sido reversible si el Duque de Alba se hubiera dedicado a mantener y reafirmar su victoria militar (conseguida en menos de dieciocho meses). Pero, por su intermedio, Felipe II quiso imponer un impuesto imbécil que sólo sirvió para irritar y alimentar el espíritu de rebeldía.

Felipe necesitaba abastecer los innumerables frentes de acción y combate que se abrían en sus dominios, pero nunca hubiera podido tener suficiente dinero y hombres como para imponer algo que era sumamente impopular y menos en los Países Bajos que significaban la principal fuente de ingresos de la Corona y por eso mismo representaba una grave tentación para muchos.

En 1569, por decreto, se impone el impuesto cuyo *tercer artículo* era realmente imposible y desastroso ya que era del *diez por ciento sobre cada transacción comercial*. Este impuesto, que seguía un modelo español, podría ser aplicable en la agrícola España. Pero en una comunidad mercantil resultaba evidentemente desastroso y sería mal recibido. «¿Cómo podía un pueblo que vivía de la compra y venta de bienes, pagar repetidas veces un impuesto del diez por ciento sobre cada transacción?»¹⁸.

Quizá España podría haber vuelto atrás y cedido, y quizá a costa de perder a la larga el dominio sobre los Países Bajos. Pero quizá, a pesar de esto, el catolicismo hubiera sido salvado. El grueso de la población era católico aunque es cierto que ya el número de protestante presentaba un constante asenso.

Pero en 1572 tuvo lugar un nuevo y decisivo suceso.

Los «Mendigos del mar» toman el Norte

Aquellos nobles que habían encabezado la revueltas de 1566 y habían sido apodados «Mendigos»¹⁹ son conocidos hoy como «Mendigos de la tierra» para distinguirlos de aquellos marineros que, usando el mismo apodo,

¹⁸ H. BELLOC, *Así ocurrió...*, 173.

¹⁹ No parece haber una explicación satisfactoria del por qué de este nombre.

se hicieron llamar «Mendigos del mar» porque hicieron algo semejante utilizando sus habilidades sobre las aguas.

En 1572 estos marinos supieron aprovechar la situación de desabastecimiento militar en la que se hallaba un puerto estratégicamente clave del que nunca podrán ser desplazados. La geografía del lugar, en efecto, está dominada por una vasta y compleja red de ríos a cuyas orillas se asientan numerosos puertos por los que entraban a toda Europa gran parte de los productos comerciales de que ella se abastecía.

Pero todos estos causes fluviales se ven como reducidos en el Norte en las desembocaduras principales. Además las murallas de contención, que detienen el avance del mar y habilitan tierras para el cultivo, conceden al que domine el Norte una situación de ventaja por la posibilidad de provocar inundaciones devastadoras.

Estos «Mendigos del mar» no eran más que un grupo de hombres del mar que desde los puertos del norte «habían iniciado una *especie de piratería*, primero contra el comercio y los transportes españoles, luego contra todos. Su sola presencia es un ejemplo de cuán difícil o imposible era que los españoles combatieran con éxito en estas distantes aguas norteñas, recargados como estaban por todo cuanto debían realizar en todas las rutas marinas conocidas del mundo. En la primavera de 1572, estos merodeadores irregulares se enteraron de que el pequeño puerto de Brielle carecía de guarnición y se apoderaron de él, e inmediatamente después hicieron lo propio con Flesinga. De este modo controlaron en adelante las bocas de los ríos»²⁰.

¿Qué importancia puede tener una conquista realizada por un minúsculo grupo de piratas?

Es que el Norte era un baluarte seguro y casi inexpugnable. En efecto, siendo ineludible el combate naval, España se encontraba gravemente en desventaja pues esto constituía uno de sus puntos débiles.

Además, habiéndose afirmado los «Mendigos del mar» en estos puntos claves (las provincias norteñas de Zelanda y Holanda), dispusieron una zona segura para convocar a todos aquellos que habían sido expulsados o

²⁰ H. BELLOC, *Así ocurrió...*, 173-174.

que habían huido ante las acciones de Alba para quien el triunfo completo será imposible desde entonces.

España reaccionó. Sitió con éxito varias ciudades pero fracasó en Alkmaar y muchos buques fueron destruidos.

Ante semejante situación y con una soldadesca disconforme y dada al pillaje, el Duque de Alba renunció, dejando ver lo insostenible del dominio español absoluto sobre los Países Bajos.

El resultado final

«A partir de entonces la batalla en los *Países Bajos* había llegado a su punto decisivo, *tal como ocurría en otros sitios al mismo tiempo*. En 1572 vemos como el futuro va tomando forma. *Francia* conservará la tradición. Las revueltas en favor de ella han fracasado en *Inglaterra*. En *Escocia* quedan confirmadas las nuevas fuerzas de la ruptura europea. En cuanto a los Países Bajos, todo ese rico territorio se ha despedazado. El norte se ha segregado. El sur se mantiene firme. Estos resultados todavía perduran»²¹.

Un tercio de las provincias sureñas que componen la actual Holanda y toda Bélgica fue salvada luego, principalmente por obra del gran Duque de Parma.

Al Duque de Alba lo había sucedido *Requesens*, el cual intentó una pacificación (que fue vista como debilidad) siendo sucedido a su vez nada más y nada menos que por *Juan de Austria*, medio hermano de Felipe II y reciente vencedor en Lepanto (1571). Pero éste tan sólo vivirá dos años para dejar lugar al recién mencionado *Duque de Parma* que llevó a cabo una campaña prudente, firme y exitosa que contempló la realidad política y cultural, y fue aplicando los remedios adecuados. Su victoria hubiera sido total de no haber sido por el apoyo que los ingleses (Cecil) dieron a los rebeldes del Norte y por la aparición Guillermo II de Orange (hijo del primero que había muerto asesinado) que se presentó con una postura mucho más definida hacia el calvinismo.

²¹ H. BELLOC, *Así ocurrió...*, 175.

Por otro lado, en Francia la nueva dinastía de los Borbones se establecía y afirmaba a base de claros triunfos para Enrique IV, lo cual aumentaba los problemas y peligros para España.

Para concluir digamos que «en los Países Bajos, se presentan en miniatura las características de toda esta lucha: la *contención de los españoles*, campeones de la Fe; la *triumfante secesión de la minoría norteña*; la división del país entre *dos gobiernos, protestante y católico*, tal como iba a dividirse el conjunto de Europa.»

V. Después de 1572: fracaso de la reunificación alemana

«...Para el final del siglo XVI y comienzos del XVII, el naufragio de la Cristiandad Occidental se completa; se establece una división permanente en Francia y los Países Bajos; Inglaterra queda separada de la unidad, y su gobierno se establece de forma permanente como una fuerza anticatólica, cuya aceptación por la masa del pueblo va en aumento.

«Pero en Alemania, por acción del emperador, se origina un intento sumamente vigoroso por reestablecer la unidad católica, que es detenido por obra del ministro francés Richelieu»²².

Recordemos que Alemania era un Imperio conformado por una multitud de principados y reinos (pequeños y grandes) y muchas ciudades independientes. La autoridad del emperador era más nominal que real; por eso, aunque el emperador ya era considerado, como por vocación, el defensor del catolicismo, fue en sus dominios donde la Reforma protestante vio la luz y contra ella no pudo actuar eficazmente aunque tanto Carlos V como su hermano heredero Fernando II lo intentarían con denuedo.

En efecto, este último, que se hallaba en una situación realmente favorable para dicha empresa, comenzó en 1619 una seria campaña de reunificación y de afirmación de su autoridad.

La división, afirmada por aquel «*cuius regio, et eius religio*» y otras concesiones a las que se vio obligado Carlos V, se hallaba casi definida acá como lo estaba en los demás lugares ya mencionados.

²² H. BELLOC, *Así ocurrió...*, 225.

Pero el intento de Fernando II y la orden dada en con respecto a los terrenos robados a la Iglesia, que deberían ser restituidos, renovaron los combates.

El emperador contaba con una gran posibilidad de éxito para esta campaña. Quizá Alemania se hubiera vuelto a unificar en la Fe católica. Pero es acá donde aparece la figura del cardenal Richelieu que se puede señalar como el causante del fracaso de Fernando II.

La intervención del cardenal obviamente no fue abierta en este conflicto que durará interrumpidamente alrededor de treinta años. Pero he aquí una muestra del actuar del nacionalismo desordenado de la época, en concreto del francés: puesta como valor supremo la Nación, la política se volverá pragmática y encontraremos a un cardenal católico que *combate eficazmente en su país a los herejes hugonotes*, al punto de conseguir la supresión de sus privilegios políticos, pero que a su vez *apoya a los protestantes fuera de su país*.

A los hugonotes (en su país) los considera peligrosos para la monarquía que se sustenta en el pueblo que es de corazón y mente católico. Peligroso para la corona y para sus logros políticos que correrían riesgo si hubiera una nobleza rica, poderosa y reaccionaria a las puertas.

Pero en el exterior valora a los reformadores como un elemento de desorden y disolución -y consiguiente debilitamiento- que ayuda a custodiar más los mismos intereses nacionales y personales. Alemania era en efecto un peligro inminente: una nación realmente poderosa constituida a las fronteras de Francia.

Así fue que Richelieu pagó un monto de un millón de libras al mejor general de la época, *Gustavo Adolfo de Suecia*, que con un formidable ejército ingresó en los límites del Imperio para hacer frente al emperador.

Ciertamente tuvo muchos opositores. Además murió en 1632 siendo muy joven aún. Pero el éxito repentino que tuvo al comienzo resultó letal para la campaña de unificación que terminó por extinguirse en una «Guerra de los treinta años» que terminó como por agotamiento y en un empate que hizo rígidas y permanentes las fronteras religiosas en Alemania.

Richelieu murió seis años antes de la finalización del conflicto decretada en la vergonzosa (para el emperador) *Paz de Westfalia* (1648). Pero su intervención en pro de los rebeldes (que se moderó cuando vio la evidencia del fracaso de la mencionada empresa) fue determinante para el resultado final, la muerte de la Cristianad.

VI. Y esto ¿qué nos importa?

Dentro de siete años tendremos a los que se consideren deudores de Lutero festejando los *500 años de la Protesta* que hirió de muerte a la Cristiandad.

Por eso debemos saber *qué fue la Reforma protestante*, cuál su motor y cuál su desarrollo para seguir proclamando sin ningún temor que la única barca de salvación es la Iglesia Católica conducida por el legítimo sucesor de Pedro²³; al mismo tiempo es necesario reconocer cómo esa Iglesia la constituimos pecadores que desdecimos a menudo nuestra condición de rebaño de Dios.

La historia debe ser «maestra de vida». Conocer, pues, la historia de nuestra Iglesia debe hacernos plantear con madurez y responsabilidad cuál debe ser nuestra actitud ante la tremenda misión que se nos ha dado

²³ «Con la venida de Jesucristo Salvador, Dios ha establecido la Iglesia para la salvación de todos los hombres (cf. He 17,30-31). Esta verdad de fe no quita nada al hecho de que la Iglesia considera las religiones del mundo con sincero respeto, pero al mismo tiempo excluye esa mentalidad indiferentista “marcada por un relativismo religioso que termina por pensar que ‘una religión es tan buena como otra’”. Si bien es cierto que los no cristianos pueden recibir la gracia divina, también es cierto que objetivamente se hallan en una situación gravemente deficitaria si se compara con la de aquellos que, en la Iglesia, tienen la plenitud de los medios salvíficos. Sin embargo es necesario recordar a “los hijos de la Iglesia que su excelsa condición no deben atribuirlos a sus propios méritos, sino a una gracia especial de Cristo; y si no responden a ella con el pensamiento, las palabras y las obras, lejos de salvarse, serán juzgados con mayor severidad”. Se entiende, por lo tanto, que, siguiendo el mandamiento de Señor (cf. Mt 28,19-20) y como exigencia del amor a todos los hombres, la Iglesia “anuncia y tiene la obligación de anunciar constantemente a Cristo, que es ‘el Camino, la Verdad y la Vida’ (Jn 14, 6), en quien los hombres encuentran la plenitud de la vida religiosa y en quien Dios reconcilió consigo todas las cosas” (CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Dominus Iesus*, 22).

de dar testimonio de Cristo y de su Iglesia ante un mundo tan hostil al mensaje evangélico.

Según Castellani «la inteligencia verdadera de la historia sólo se da en aquellos que son capaces de vivir una situación pasada como propia, sea por conocerla por experiencia analógica, sea por tener capacidad potencial de vivirla»²⁴. Y esta es la misma idea que nuestro autor (Belloc) expresa cuando dice que «el hombre realmente familiarizado con el catolicismo es quien encuentra que la dificultad de entender la Reforma es muy grande, su enigma casi insoluble. (...) Un hombre que tenga conciencia de lo que fue destruido por la Reforma se tambalearía ante la mera posibilidad de una destrucción semejante: él sabe lo que se perdió; los fáciles historiadores del tipo protestante, por un lado, y los del tipo anticlerical, por otro, no lo saben»²⁵.

Así, nuestro celo apostólico no debe amedrentarse ante el avance abrumador de la herejía ni debe excusar esfuerzos por medio de teologías²⁶ que destruyan la necesidad de la misión. No nos engañemos. Aunque pueda haber muchos hermanos separados de buena fe (que deseamos lleguen todos al Cielo), sin embargo hay que entender que la herejía protestante arrastró muchas almas a la condenación. De ello se duele mucho santa Teresa de Jesús, reformadora en verdad, que fue testigo directo del tiempo en que más de 60 millones de almas se separaron de la Iglesia Católica... y el dolor de una santa generalmente dice relación al destino eterno²⁷.

La Iglesia en el siglo XXI también necesita una reforma, como antaño. El fariseísmo y la mundanización la afectan gravemente. Y nuestra actitud debe ser la de aquellos reformadores que no fueron estériles porque entendieron que, si la Iglesia necesitaba una reforma, esa reforma comenzaba por ellos.

²⁴ L. CASTELLANI, *El ruiseñor fusilado*, Ed. Pencas, Buenos Aires 1975, 124.

²⁵ H. BELLOC, *Así ocurrió...*, 15.

²⁶ En la teología de corte hegeliano se habla de un «cristianismo anónimo» en el que todo hombre, por el mero hecho de ser hombre, se encuentra y que es suficiente para salvarse.

²⁷ S. TERESA DE ÁVILA, *Vida*, 32, 6.

Pero no dejemos que manchen a la Iglesia visible porque sí. No nos complejemos y asumamos lo que hay que asumir pero defendiendo siempre la dignidad de nuestra Iglesia que es Una, Santa, Católica y Apostólica.

Que concluya el padre Leonardo Castellani y nos enseñe cuál debe ser nuestra actitud:

Estamos hartos de leer en libros herejes que corren ahora a docenas entre nosotros, por culpa de los editores logreros –y de otros también, digamos la verdad, que no son editores–, estamos hasta aquí, hasta el gaznate... de la Noche de San Bartolomé, las Dragonadas, la Matanza de los Albigenses, María Tudor, Galileo; y la Inquisición Española... Son cosas fieras, desde luego; pero ni han sido persecución, ni causadas por la Iglesia en cuanto Iglesia; aunque se hayan ensuciado en ellas algunos «hombres de Iglesia». ¿Qué han sido, pues? Han sido abusos políticos, hechos por hombres políticos, y obstaculizados y aun reprobados por los hombres religiosos; y los hombres religiosos eminentemente constituyen la Iglesia, *nuestra* Iglesia, que nosotros conocemos por dentro y no por fuera solamente. Todas esas grandes resbaladas son simplemente casos de mundanismo dentro de la Iglesia; contra los cuales la Iglesia reaccionó de inmediato, de una manera u otra. «Reaccionó tarde», dicen. Reaccionó tarde una vez de cada diez veces. (...) ¿Qué me importa a mí, que soy hombre religioso –o al menos deseo serlo– de las barbaridades que hayan hecho los hombres políticos, aunque sean católicos, si es que fue católico el cardenal Cybo? Ni Cristo ni yo tenemos la culpa. Yo no soy responsable de lo que hayan perpetrado Alejandro VI, Felipe II o María Tudor; que ciertamente no hicieron, por otra parte, todo lo que les achacan sus enemigos. Si María Tudor fuese realmente la «María Sangrienta» (*Bloody Mary*) que pintan Hume y Green, peor para ella, ella habrá dado rigurosa cuenta a Cristo, simplemente desobedeció a Cristo: no me vengan aquí con cuentos de *yonis*. ¿El Papa Julio II tuvo un hijo natural? Peor para él. ¿El Papa Juan XII fue el Papa más malo y ruin de toda la Historia? Pues al lado del Rey más ruin de toda la Historia, que no fue católico y persiguió a los católicos, Juan XII es un angelito...

Estas cosas hay que mirarlas intelectualmente, y no sólo sentimentalmente; y eso es filosofía y sentido común. Ya sabemos de lo que son capaces los hombres, lleven jubón o lleven sotana; y los curas

en jubón, hombres son. Son capaces de corromperlo todo, incluso la religión. La religión es una cosa seria; y el que peca en religión, peca seriamente.

La Iglesia es santa, no porque no haya en ella posibilidades y aún focos de corrupción –como hay en un organismo sano focos de enfermedad– sino porque conserva un sistema nervioso que la hace estremecerse delante de la corrupción. Y ese sistema nervioso son los hombres religiosos que en la Iglesia existen como en su centro, como contrapeso de los otros: los *Mártires*, los Testigos de Cristo. Once Apóstoles mártires contrapesan a Judas Traidor.

Yo no soy responsable de lo que hayan hecho Juan XII o Alejandro VI; porque si hubiese vivido cuando ellos, con la gracia de Dios me hubiese opuesto a lo que hacían con todos los medios a mi alcance; como me opongo ahora, *dando testimonio* con mis pobres medios, a lo que hacen de malo los malos clérigos.(...)

La fe en el Crucificado no invita a perseguir a nadie; invita a soportar la persecución. La fe en el Crucificado existe en este mundo mezclada a la cizaña del mundo; y así existirá hasta el Fin del Mundo²⁸.

²⁸ L. CASTELLANI, *El Evangelio de Jesucristo*, Buenos Aires 1977⁴, 228.